

## POESÍA: DONCELLA TIERNA, PATRIMONIO DE LOS SENTIMIENTOS

Sarabel Delgado, Francisco Lázaro y José Antonio Muñoz

Y... ¿qué diremos de la poesía?, de esa doncella tierna, patrimonio de los sentimientos; manojito inmaterial, intangible, aunque comience en lo tangible. ¿Qué diremos de la poesía en esta semana cultural de un año el que rendimos homenaje al patrimonio cultural? ¿Qué diremos de su esencia? De la esencia de esa doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, como diría el gran don Miguel de Cervantes, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, ya que ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella.

¿Qué diremos de esa tal doncella, hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio? Pues eso... que es patrimonio, patrimonio cultural de los sentimientos, de esas cosquillas, de esos palpitos que acechan a los humanos desde la cuna a la sepultura: el amor, el desamor, la muerte, los dioses, el bien y el mal, la comida, la bebida, el paisaje, la pena o la sonrisa, el sufrimiento, la esperanza...

Todo eso y más es la poesía, esa doncella tierna que no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Porque no debemos olvidar que en la poesía descansa todo el patrimonio cultural, tanto material como inmaterial, de la historia de la humanidad, manifestado en ese incesante tesoro que nutren los sentimientos universales.

1

No digáis que, agotado su tesoro,  
de asuntos falta, enmudeció la lira;  
podrá no haber poetas; pero siempre  
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso  
palpiten encendidas,  
mientras el sol las desgarradas nubes  
de fuego y oro vista,  
mientras el aire en su regazo lleve  
perfumes y armonías,  
mientras haya en el mundo primavera,  
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance  
las fuentes de la vida,  
y en el mar o en el cielo haya un abismo  
que al cálculo resista,  
mientras la humanidad siempre avanzando  
no sepa a do camina,  
mientras haya un misterio para el hombre,  
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma,  
sin que los labios rían;  
mientras se llore, sin que el llanto acuda  
a nublar la pupila;  
mientras el corazón y la cabeza  
batallando prosigan,  
mientras haya esperanzas y recuerdos,  
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen  
los ojos que los miran,  
mientras responda el labio suspirando  
al labio que suspira,  
mientras sentirse puedan en un beso  
dos almas confundidas,  
mientras exista una mujer hermosa,  
¡habrá poesía!

Siempre... Siempre habrá poesía... En tanto exista un ser humano sobre la faz de la tierra; en tanto palpite la vida y regrese la primavera; en tanto un corazón sienta los latidos del amor o la pena; en tanto el misterio sobrecoja al espíritu; en tanto busquemos a Dios entre la niebla o la belleza en el infierno; mientras haya soledad... Porque incluso, en contra de lo que algunos predijeron, la poesía fue posible después de Auschwitz. A pesar de los pesares, de las guerras frías, de los gases letales, del cambio climático, de los genocidios, de las globalizaciones salvajes; a pesar de todo, los sentimientos manan de forma incesante, a borbotones, impregnados de tristeza, desgarrados, emergiendo de los manantiales del alma de seres, casi siempre desgraciados, que, como Cesare Pavese, esperan la muerte.

2

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos,  
esta muerte que nos acompaña  
desde el alba a la noche, insomne,  
sorda, como un viejo remordimiento  
o un absurdo defecto. Tus ojos  
serán una palabra inútil,  
un grito callado, un silencio.  
Así los ves cada mañana  
cuando sola te inclinas  
ante el espejo. Oh, cara esperanza,  
aquel día sabremos, también,  
que eres la vida y eres la nada.  
Para todos tiene la muerte una mirada.  
Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.

Será como dejar un vicio,  
como ver en el espejo  
asomar un rostro muerto,  
como escuchar un labio ya cerrado.  
Mudos, descenderemos al abismo.

Cuentan que lo de Pavese fue un desengaño amoroso, una frustración sentimental, una desagradable situación que lo condujo hasta una irresistible atracción por la muerte, justo hasta esa seducción inexorable que, años antes, había cobijado en su manto a creadoras como Florbela Espanca o Virginia Woolf y que, más tarde, acogería y envolvería a otras insignes como Sylvia Plath. ¡Hay golpes en la vida, tan fuertes... Son pocos; pero son...! Dirá César Vallejo... Todas, como otras muchas y otros muchos, pensamos en Pablo Neruda, escribieron los versos más tristes cuando, en noches estrelladas, sintieron soledad y comprendieron que el amor era tan corto y el olvido, tan largo.

3

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Escribir, por ejemplo: "La noche está estrellada,  
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos."  
El viento de la noche gira en el cielo y canta.  
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.  
En las noches como esta la tuve entre mis brazos.  
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.  
Ella me quiso, a veces yo también la quería.  
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.  
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.  
Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.  
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.  
Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.  
La noche está estrellada y ella no está conmigo.  
Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.  
Mi alma no se contenta con haberla perdido.  
Como para acercarla mi mirada la busca.  
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.  
La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.  
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.  
Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.  
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.  
De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.  
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.  
Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.  
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.  
Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos,  
mi alma no se contenta con haberla perdido.  
Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,  
y estos sean los últimos versos que yo le escribo.

¡Ay, el amor! El sentimiento más dulce y el más terrible.  
¡Amor, amor, que tienes fuerza y poder para matar a tus sujetos!  
¡Enemigo de toda razón, hilo abrasador, fuego helado,  
herida que no se siente, soñado bien, mal presente...!  
O como diría el Fénix de los Ingenios, Lope de Vega, aquel  
que venía e iba de sus soledades a sus soledades; aquel que  
tanto amó y que sintió como nadie la espada negra y el silbo  
abrasador del dios más poderoso que abraza los sentidos y  
consume en quimeras a todos los mortales:

4

Desmayarse, atreverse, estar furioso,  
áspero, tierno, liberal, esquivo,  
alentado, mortal, difunto, vivo,  
leal, traidor, cobarde y animoso;

no hallar fuera del bien centro y reposo,  
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,  
enojado, valiente, fugitivo,  
satisfecho, ofendido, receloso;

huir el rostro al claro desengaño,  
beber veneno por licor suave,  
olvidar el provecho, amar el daño;

creer que un cielo en un infierno cabe,  
dar la vida y el alma a un desengaño;  
esto es amor, quien lo probó lo sabe.

Amor, dios todopoderoso, capaz de matar, armado como  
está de su veneno, pero también sentimiento de dulce boca  
que a gustar convida, el único sentimiento, capaz de vencer a  
la muerte, dando sentido a la vida, a la materia que el tiempo  
ha de convertir en podredumbre, ¡Dios mío, qué solos se  
quedan los muertos!, en podredumbre, en polvo, en nada.  
Sin claroscuro nos lo muestra la estética barroca, en particular  
un Francisco de Quevedo desengañado que, aunque es incapaz  
de hallar cosa en que poner los ojos que no sea recuerdo de  
la muerte, está dispuesto a seguir ejercitándolo, abrazando  
la rosas frescas, aunque sepa que la tumba aguarda con sus  
fúnebres ramos, apostando por el amor constante, más allá,  
como no puede ser de otra manera, de la muerte:

5

Cerrar podrá mis ojos la postrera  
sombra que me llevare el blanco día,  
y podrá desatar esta alma mía  
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no, de esa otra parte, en la ribera,  
dejará la memoria, en donde ardía:  
nadar sabe mi llama el agua fría,  
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,  
venas que humor a tanto fuego han dado,  
médulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará, no su cuidado;  
serán ceniza, más tendrá sentido;  
polvo serán, mas polvo enamorado.

Pero no adelantemos acontecimientos, que la vida va en serio lo empezamos a comprender más tarde, antes de la muerte, atrapemos el día y cojamos las rosas de la vida, riámos con el amor; brindemos por él; rechacemos el sufrimiento que, con frecuencia, conlleva este sentimiento paradójico. Sobre todo cuando renuncia a ser gozo o milagro y decide hermanarse con la desdicha y el tormento. O cuando, convertido en dardo, hiere y llaga y termina en enfermedad incurable. ¡ Ay Arcipreste de Hita! Posterguemos, pues, aquel lugar donde habita el olvido, donde el deseo no existe, donde nadie somete su vida a otra vida. Evitemos, por un momento, visitar esa gran región donde el amor, ángel terrible, pobre Luis Cernuda, no esconde como acero en nuestros pechos su ala. Y aceptémoslo como un sentimiento positivo, como una amable decadencia, como hace Luis Alberto de Cuenca cuando lo convoca con aparente ironía y una pizca de engañosa frivolidad, muy de mañana, en la cama, cuando despierta y en forma de desayuno.

6

Me gustas cuando dices tonterías,  
cuando metes la pata, cuando mientes,  
cuando te vas de compras con tu madre  
y llego tarde al cine por tu culpa.  
Me gustas más cuando es mi cumpleaños  
y me cubres de besos y de tartas,  
o cuando eres feliz y se te nota,  
o cuando eres genial con una frase  
que lo resume todo, o cuando ríes  
(tu risa es una ducha en el infierno),  
o cuando me perdonas un olvido.  
Pero aún me gustas más, tanto que casi  
no puedo resistir lo que me gustas,  
cuando, llena de vida, te despiertas  
y lo primero que haces es decirme:  
«Tengo un hambre feroz esta mañana.  
Voy a empezar contigo el desayuno».

Y si no, que venga el amor en forma de cena, como ocurre en un famoso poema del poeta sevillano Baltasar del Alcázar. Que también el amor marida con la comida, no en vano tres eran las cosas que tenían preso de amores el corazón de quien bien pudiéramos considerar el padre de la poesía gastronómica: la bella Inés, el jamón y las berenjenas con queso. Preámbulo todo ello de una cena jocosa, recreada por el poe-

ta sevillano con mucho humor y sabrosas redondillas, que nos referencia el menú de la España del siglo XVI:

7

En Jaén, donde residido,  
vive don Lope de Sosa,  
y direte, Inés, la cosa,  
más brava de él que has oído.  
Tenía este caballero  
un criado portugués...  
Pero cenemos, Inés,  
si te parece, primero.  
La mesa tenemos puesta,  
lo que se ha de cenar junto,  
las tazas del vino a punto:  
falta comenzar la fiesta.  
Comience el vinillo nuevo  
y échole la bendición;  
yo tengo por devoción  
de santiguar lo que bebo,  
Franco, fue, Inés, este toque,  
pero arrójame la bota;  
vale un florín cada gota  
de aqueste vinillo aloque.  
¿De qué taberna se trajo?  
Mas ya..., de la del Castillo  
diez y seis vale el cuartillo  
no tiene vino más bajo,  
Por nuestro Señor, que es mina  
la taberna de Alcocer;  
grande consuelo es tener  
la taberna por vecina.  
Si es o no invención moderna,  
vive Dios que no lo sé,  
pero delicada fue  
la invención de la taberna.  
Porque allí llego sediento,  
pido vino de lo nuevo,  
mídenlo, dánmelo, bebo,  
págolo y voyme contento.  
Esto, Inés, ello se alaba,  
no es menester alaballo,-  
Solo una falta le hallo:  
que con la priesa se acaba.  
La ensalada y salpicón  
hizo fin: ¿qué viene ahora?  
la morcilla, ¡oh gran señora,  
digna de veneración!  
¡Qué oronda viene y qué bella!  
Qué través y enjundia tiene!  
páreceme, Inés, que viene

para que demos en ella.  
 Pues, sus, encójase y entre  
 que es algo estrecho el camino,  
 no echas agua, Inés, al vino  
 no se escandalice el vientre,  
 Echa de lo trasañejo,  
 porque con más gusto comas,  
 Dios te guarde, que así tomas,  
 como sabia mi consejo.  
 Mas di, ¿no adoras y aprecias  
 la morcilla ilustre y rica?  
 ¡Cómo la traidora pica;  
 tal debe tener especias!  
 ¡Qué llena está de piñones!  
 morcilla de cortesanos,  
 asada por esas manos  
 hechas a cebar lechones.  
 El corazón me revienta  
 de placer; no sé de ti.  
 ¿Cómo te va? Yo, por mí,  
 sospecho que estás contenta.  
 Alegre estoy, vive Dios;  
 mas oye un punto sutil.  
 ¿no pusiste allí un candil?  
 ¿Cómo me parecen dos?  
 Pero son preguntas viles;  
 ya sé lo qué puede ser:  
 con este negro beber  
 se acrecientan los candiles.  
 Probemos lo del pichel,  
 alto licor celestial;  
 no es el aloquillo tal,  
 ni tiene que ver con él.  
 ¡Qué suavidad! ¡Qué clareza!  
 ¡Qué rancio gusto y olor!  
 ¡Qué paladar! ¡Qué color!  
 ¡Todo con tanta fineza!  
 Mas el queso sale a plaza  
 la moradilla va entrando,  
 y ambos vienen preguntando  
 por el pichel y la taza.  
 Prueba el queso, que es extremo  
 el de Pinto no le iguala;  
 pues la aceituna no es mala  
 bien puede bogar su remo.  
 Haz, pues, Inés, lo que sueles,  
 daca de la bota llena  
 seis tragos; hecha es la cena,  
 levántense los manteles,  
 Ya que, Inés, hemos cenado  
 tan bien y con tanto gusto,  
 parece que será justo

volver al cuento pasado.  
 Pues sabrás, Inés hermana,  
 que el Portugués cayó enfermo...  
 Las once dan, yo me duermo,  
 quédese para mañana.

Porque son muchos y de diversa naturaleza los sentimientos que pueden entreverarse en un poema. Que le pregunten si no a ese poeta decadente, español del siglo veinte, que a los toros elogió cuando pudo hacerlo y cantó, también cuando pudo, a las golfas y al aguardiente. Que le pregunten si no a ese medio gitano y medio parisién que tantas veces cantó los pecados de los bisnietos del Cid, del mítico héroe castellano que, camino del destierro, anduvo por la terrible estepa castellana -sangre, sudor y hierro-, hablamos de Manuel Machado, que no de Antonio del que más adelante lo haremos; hablamos del Manuel Machado, del poeta que prefería, más que las languideces de la luna, un destello de sol y una risa oportuna; del Manuel Machado que tan bien recreó toneladas de sentimientos que entreveraban el amor, la soledad, el desengaño, la decadencia, el hastío y la muerte.

## 8

Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron  
 soy de la raza mora, vieja amiga del Sol,  
 que todo lo ganaron y todo lo perdieron.  
 Tengo el alma de nardo del árabe español.  
 Mi voluntad se ha muerto una noche de luna  
 en que era muy hermoso no pensar ni querer...  
 Mi ideal es tenderme, sin ilusión ninguna...  
 De cuando en cuando, un beso y un nombre de mujer.  
 En mi alma, hermana de la tarde, no hay contornos...;  
 y la rosa simbólica de mi única pasión  
 es una flor que nace en tierras ignoradas  
 y que no tiene aroma, ni forma, ni color.  
 Besos, ¡pero no darlos!. Gloria... ¡la que me deben!  
 ¡Que todo como un aura se venga para mí!  
 ¡Que las olas me traigan y las olas me lleven,  
 y que jamás me obliguen el camino a elegir!  
 ¡Ambición! No la tengo. ¡Amor! No lo he sentido.  
 No ardí nunca en un fuego de fe ni gratitud.  
 Un vago afán de arte tuve... Ya lo he perdido.  
 Ni el vicio me seduce, ni adoro la virtud.  
 De mi alta aristocracia, dudar jamás se pudo.  
 No se ganan, se heredan, elegancia y blasón...  
 Pero el lema de casa, el mote del escudo,  
 es una nube vaga que eclipsa un vano sol.  
 Nada os pido. ni os amo ni os odio. Con dejarme,  
 lo que hago por vosotros, hacer podéis por mí...  
 ¡Que la vida se tome la pena de matarme,  
 ya que yo no me tomo la pena de vivir!...  
 Mi voluntad se ha muerto una noche de luna

en que era muy hermoso no pensar ni querer...  
De cuando en cuando un beso, sin ilusión ninguna.  
¡El beso generoso que no he de devolver!

Y es que el inolvidable, aunque olvidado haya sido tantas veces, Manuel Machado entiende que, en eso del patrimonio de los sentimientos, todo es conforme y según, porque una cosa es la poesía y otra, lo que está grabado en el alma suya, algo en lo que, sin duda, disentiría de su hermano Antonio, el gran Antonio Machado, este sí inolvidable y nunca olvidado, defensor de los universales del sentimiento, de esas ideas cordiales que duermen en el espíritu de los seres humanos, de esas inquietudes que constituyen nuestra propia humanidad, de ese algo que siendo propio, que perteneciendo al ámbito de lo personal, termina convirtiéndose en patrimonio de todos. De forma magistral Antonio plasma en sus versos esos universales del sentimiento. Nadie mejor que él, un poeta cuyo retrato él mismo nos deja al comienzo de *Campos de Castilla*.

9

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,  
y un huerto claro donde madura el limonero;  
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;  
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido  
ya conocéis mi torpe aliño indumentario,  
mas recibí las flechas que me asignó Cupido,  
y amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,  
pero mi verso brota de manantial sereno;  
y más que un hombre al uso que sabe su doctrina  
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética  
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard,  
mas no amo los afeites de la actual cosmética  
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos  
y el coro de los grillos que cantan a la luna.  
A distinguir me paro las voces de los ecos  
y escucho solamente entre las voces una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera  
mi verso como deja el capitán su espada;  
famosa por la mano viril que la blandiera,  
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo  
-quien habla solo espera hablar a Dios un día-.  
Mi soliloquio es plática con este buen amigo  
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo: debeisme cuanto he escrito.  
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago  
el traje que me cubre y la mansión que habito,  
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje  
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,  
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.

¡Ah de la muerte! ¿Nadie me responde? Manipulo a aquel que, apartado en la paz de los desiertos manchegos, con pocos, pero doctos libros juntos, vivía en conversación con los difuntos y escuchaba con sus ojos a los muertos. Porque como Pavese, como Lorca, como Miguel Hernández, Quevedo, que ya nos está acompañando en esta tertulia poética, supo de la muerte y quiso que tuviera poco que quitarle. Al fin y al cabo, de balde le dio el sol su lumbre pura; plata, la luna; las estrellas; oro... Y la tierra, la sepultura. Y es que la muerte lo envuelve todo, llegando hasta las voces poéticas más jóvenes del mundo y de la época en que vivimos, como es el caso de la valenciana Nerea Delgado, con ascendientes turolenses. La muerte llega incluso de forma desenfadada, pidiendo a los amantes que hablen bien de uno cuando lleguen al infierno. Claro, que antes de que llegue, las nuevas voces de la lírica actual saben decir a los vagabundos desorientados, peterpanes con barba, cosas tan bonitas como estas:

10

Cuidaré tu voz como los niños cuidan las semillas que sus profesores les dan para que crezcan  
en un recipiente de yogur.

Adoraré tu risa como si fuera la melodía que inicia el carnaval,  
como si fuera el pistoletazo de salida de una carrera solidaria.

Acariciaré tus manos, únicas mantas que necesito en mis próximos inviernos.

Protegeré tus huesos como cimientos que son del edificio que habito.

Caminaré tu piel con el mismo cuidado con el que el lince camina la montaña.

Apostaré siempre por ti, caballo ganador.

Y nunca dejaré que mis sombras te den miedo.

Créeme, ahora sí, los buenos ganan.

Tanto Nerea, como otras poetas del tercer milenio, pertenecen a una generación de las que rechazan el pasado por no poder cambiarlo, y de las que miran con recelo al futuro porque no saben qué pasará, obviando eso de que cada decisión es una oportunidad y de que cada error puede quedar algo

más que un poema. Cuentan estas jóvenes promesas vidas y lo hacen con versos sinceros, totalmente desinhibidas, en los que no solo está presente el amor, frecuentemente desmitificado, porque, según dicen, son más felices ellas rompiéndoles las cremalleras a los hombres que Penélope cosiéndosela a su esposo. En los versos de las nuevas hornadas poéticas femeninas, además del amor, también están presentes otros sentimientos que experimentan en sus carnes, como la soledad que las envuelve, ese monstruo que habita en las habitaciones que ocupan y que se manifiesta cuando estas diosas de la poesía se miran frente al espejo... La soledad, ... un perro callejero que intenta morder su sombra, como en este poema de Leire Bilbao:

11

soy tan mía como de nadie  
me sucede lo mismo que al perro  
que intenta morder su sombra  
me ponen nerviosa las canciones de amor  
mis dedos juegan con el dial de la radio  
cuando se cansan de peinarme  
negros cuervos anidan en mi cabello  
siempre que no vuelen cerca  
como la sombra del perro  
de hecho hace tiempo  
que extravié la sensación de pérdida  
cuéntame por favor cosas que pueda olvidar  
esas que se escapan de las bolsas de la compra  
hace tiempo que sobran perchas en mi armario  
no hay nadie que me llame desde la cocina al baño  
sigo rodeada de sillas vacías  
soy tan mía como de nadie  
igual que el perro callejero  
puedo seguir engañándome  
a mí misma como en este instante  
y así por ejemplo  
tumbarme al otro lado de la cama  
para que cuando me gire y mis ojos me busquen  
sea mía la ausencia que encuentre.

Pero, además de sobre las vidas, además de sobre los ángeles fieramente humanos, los sentimientos poéticos, ese extraño y singular patrimonio, también se proyectan sobre las cosas, como pueden ser los ríos, aunque estos sigan siendo metáfora de la vida. Lo hace Garcilaso de la Vega cuando proyecta sus sentimientos sobre el Tajo; y Luis de Góngora, cuando hace lo propio con el Guadalquivir o con el Júcar. Lo hace Gerardo Diego con el Duero en un romance inolvidable que recoge la soledad del fluir de las aguas a su paso por Soria.

De igual modo, los sentimientos poéticos pueden proyectarse sobre edificios emblemáticos, bienes culturales cargados de historia. Como ejemplo basta traer a colación otra vez a Gerardo Diego cuando en un exquisito soneto anhela el

volumen, base y altura de la Giralda de Sevilla, más mudéjar que cristiana, torre que se contempla en la brisa y que, a contraluz de luna limonera, su arista es bisel, hoja barbera que su más bella vertical depura. También es Gerardo Diego quien, de la mano del sentimiento, nos conduce hasta la provincia de Burgos, al corazón de la Castilla mística y guerrera, donde se halla el monasterio benedictino de santo Domingo de Silos, admirable exponente del arte románico. En su claustro se alza el ciprés evocado en otro soneto inolvidable, uno más, cuya contemplación suscita en Gerardo Diego un deseo de elevación espiritual.

12

Enhiesto surtidor de sombra y sueño  
que acongojas el cielo con tu lanza.  
Chorro que a las estrellas casi alcanza  
devanado a sí mismo en loco empeño.

Mástil de soledad, prodigio isleño;  
flecha de fe, saeta de esperanza.  
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza,  
peregrina al azar, mi alma sin dueño.

Cuando te vi, señero, dulce firme,  
qué ansiedades sentí de diluirme  
y ascender como tú, vuelto cristales,  
como tú, negra torre de arduos fillos,  
ejemplo de delirios verticales,  
mudo ciprés en el fervor de Silos.

Y es que los sentimientos se han proyectado sobre aspectos sublimes de la vida, pero también sobre nimiedades o cosas tan poco poéticas como un billete de tranvía. Lo hizo Rafael Alberti, el cantor de las corzas blancas y del martín pescador, el conjurador de los fantasmas que recorren Europa...

Y se proyectan los sentimientos sobre los filamentos de una bombilla o sobre las teclas de una máquina de escribir. Bien lo sabe Pedro Salinas, el mismo poeta que, usando de una mística cotidiana, expresó, como pocos lo habían hecho hasta entonces, largos lamentos y voces debidas a los seres amados, en este caso, seres de carne y hueso.

13

Perdóname por ir así buscándote  
tan torpemente, dentro  
de ti.  
Perdóname el dolor, alguna vez.  
Es que quiero sacar  
de ti tu mejor tú.  
Ese que no te viste y que yo veo,  
nadador por tu fondo, preciosísimo.  
Y cogerlo

y tenerlo yo en alto como tiene  
el árbol la luz última  
que le ha encontrado al sol.  
Y entonces tú  
en su busca vendrías, a lo alto.  
Para llegar a él  
subida sobre ti, como te quiero,  
tocando ya tan sólo a tu pasado  
con las puntas rosadas de tus pies,  
en tensión todo el cuerpo, ya ascendiendo  
de ti a ti misma.  
Y que a mi amor entonces le conteste  
la nueva criatura que tú eras.

Vamos llegando al final, al final de este conjuro de los sentimientos, de esta ceremonia en la que faltan Lorca, Hernández, Ángel González, Francisco Brines, algunos comprometidos y otros entrometidos, gentes de la experiencia y del silencio, abstractos o figurativos, clásicos y modernos... Tiempo habrá.

Y para terminar, dejemos que sean los poetas del lejano Oriente, de China y de Japón, los que explayen sus sentimientos, cantando al nuevo día que comienza, a la armonía que subyace en los átomos del universo, a la ausencia de los enamorados, al sentido de la vida, al amor, al sueño, al recuerdo de las geishas... Al fin y al cabo, este patrimonio de la poesía proviene de todos los rincones de la tierra, de la vida y de la muerte, de la ausencia y la presencia, del recuerdo y del olvido. Es un patrimonio universal de la humanidad.

14

Oh día, despierta!  
Los átomos bailan.  
Todo el universo baila gracias a ellos.  
Las almas bailan poseídas por el éxtasis.  
Te susurraré al oído  
adonde les arrastra esta danza.  
Todos los átomos en el aire y en el desierto,  
parecen poseídos.  
Cada átomo, feliz o triste  
está encantado por el sol.  
No hay nada más que decir.  
Nada más.

15

Junto a mi pecho guardo tu carta,  
y la releo sin descanso cada noche.  
En invierno la leo con la luz de la nieve  
y en verano a la luz de las luciérnagas  
entonces en la oscuridad  
la leo con la luz de mi corazón.

16

El que mira  
es también culpable  
del color de la pálida luna.

17

Todo el mundo dice  
que mi cabello es ya demasiado largo  
lo he dejado  
como lo viste la última vez.

18

La noche de primavera  
que pasé entre tus brazos  
existió sólo en mis sueños,  
y sin embargo  
todos hablan mal de mí.

19

Pensando en el amor  
escucho la campana del monje.  
No te olvidaré nunca,  
ni siquiera por un intervalo  
tan breve como el que hay  
entre dos notas de una campana.

20

Aunque me hiciste pensar  
que tu amor era inagotable  
como la arena de una playa,  
lo único que se probó infinito  
fue tu capacidad para olvidar.

21

No te extrañe si cada mañana  
despiertas con los pies cansados:  
Habrás estado toda la noche  
caminando descalza por mis sueños.

22

Mejor habría sido  
no encontrarte en mi sueño,  
y así no andarías ahora  
buscando manos que no están aquí.

23

Nuestra vida  
es como una barca que desaparece  
al caer la tarde,  
cuya estela no tarda en borrarse.

24

Desde que marchaste  
no consigo pensar en otra cosa  
que no seas tú. ¿Acaso no me crees?  
Desde entonces  
no hago otra cosa que abrir mi armario y ver, acariciar, oler  
el último vestido que me quitaste.

25

No me importa que te marches,  
que vayas muy lejos o aquí al lado  
No me importa si volverás enseguida  
o si te demorarás. Llena tu equipaje con tus cosas,  
pero guarda para mí un huequecito  
dentro de tu corazón

Eso, ... un huequecito dentro de tu corazón; allá, donde  
anidan los recuerdos y los bruscos deseos; donde los besos  
mecen la belleza; donde la lluvia extiende las palabras de los  
dioses; donde la infancia sumergida soporta los aromas de la  
noche; allá, donde descansa el desencanto y el asombro, pero  
donde el musgo, aún fresco, mantiene la esperanza.